

Material protegido por Copyright. Todos los derechos reservados.

Inocencia

Aurora Seldon

Eldalie Publicaciones

Material protegido por Copyright. Todos los derechos reservados.

Advertencia:

Este libro contiene escenas sexualmente explícitas y lenguaje adulto, que pueden ser considerados ofensivos para algunos lectores. Los contenidos de esta obra son SOLO para adultos. Mantenga este libro fuera del alcance de lectores menores de edad.

Este libro es una obra de ficción. Aunque pueda contener referencias a hechos políticos/sociales actuales, o lugares reales, los nombres, personajes, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o han sido utilizados de forma ficticia. Los títulos de obras artísticas, nombres de empresas reales y marcas registradas que aparecen mencionadas en este libro pertenecen a sus propietarios intelectuales y/o comerciales, y han sido utilizados con un propósito ficticio.

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni el registro en un sistema informático, ni la transmisión bajo cualquier forma o a través de cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico, mecánico, por grabación o por otros métodos, sin el permiso previo, específico y por escrito de los titulares del *copyright*.

Inocencia
Aurora Seldon

Publicado por
Eldalie Publicaciones
CL Jaén, 11
Montijo 06480, Badajoz (España)
www.eldaliepb.com
<http://shop.eldaliepb.com>

Publicado con permiso.

Colección Vanadis nº 3

Copyright © Aurora Seldon, 2005
De esta edición © Eldalie Publicaciones, Mayo 2010

ISBN: 978-84-937926-6-4

Primera edición electrónica: Junio 2010
También disponible en libro impreso

Editora: M. R. P.
Maquetación: Cordelia
Ilustración de cubierta: Cordelia
Impreso en España.

Dentro de este libro...

El vampiro observó al muchacho. No tenía en absoluto miedo, sólo esa tristeza que reflejaban sus aún húmedos ojos y eso estimuló su curiosidad.

–¿Qué haces aquí tú solo, en medio de la noche?

–Aquí murieron mis padres cuando yo era un niño aún. Vengo siempre a recordarlos en este mismo lugar. –La voz se le quiso quebrar, pero se recompuso y continuó–: Fueron atacados por lobos hambrientos.

El vampiro se sorprendió. Ahora lo recordaba, ¡era el mismo niño cuyo llanto lo había conmovido! Lo recordaba, Andrei era muy pequeño entonces y sus bestias no habían podido atacarlo.

–¿No tienes miedo? –preguntó, sabiendo que la respuesta sería «No» y eso era algo increíble. Los gitanos jamás se acercaban demasiado a sus dominios. Le temían, siempre lo habían hecho, a pesar de Darah, esa bruja de ojos negros que había intentado seducirlo varias décadas atrás. Y él se divertía a veces persiguiéndolos antes de alimentarse de ellos.

–No, señor. Siempre he estado solo, desde que murió mi abuela... la mujer gitana que me recogió y cuidó –explicó Andrei.

–Pero estas regiones son peligrosas, ¿no te lo han dicho los de tu pueblo? –insistió el vampiro, tratando de entender la actitud del muchacho.

–Hay un monstruo en el castillo más allá del bosque. Él mandó a sus criaturas a asesinar a mis padres. Lo sé por lo que cuentan los ancianos. Fue un noble de antaño que está condenado a alimentarse con la sangre de otros y a vivir únicamente de noche. Pero no le temo, pues no tengo a nadie ni nada por que vivir. Si algo me pasara, nadie lloraría mi muerte –dijo tristemente, mirando hacia abajo.

Material protegido por Copyright. Todos los derechos reservados.

*A Gloria, la primera persona que creyó
en mis relatos originales.*

Material protegido por Copyright. Todos los derechos reservados.

Primera Parte

Andrei

(1858)

~Capítulo 1~

Llora, pequeño

1

Se llamaba Andrei.

Eso fue todo lo que pudieron descubrir por los sollozos entrecortados del pequeño niño de tres o cuatro años. Lo hallaron junto a un carruaje volcado, abrazado del cadáver de su madre, semidevorado por los lobos. El niño estaba aterrorizado pero ileso. Los lobos, tan hambrientos en esa época del año como para atacar a un carruaje y despedazar a sus ocupantes, no lo habían tocado.

Este hecho tan insólito hizo que los gitanos que lo encontraron murmurasen entre sí, alarmados. Varios de ellos hicieron signos con las manos en dirección al castillo que se alzaba al otro lado del bosque.

La escena era terrible. Los gitanos, habituados a interpretar las señales, pudieron reconstruir lo sucedido. Los lobos, en un número superior a dos docenas a juzgar por las huellas, habían atacado primero a los caballos que, al tratar de huir aterrorizados, hicieron volcar el carruaje en el que se encontraba la familia de Andrei.

El cochero había luchado con ellos a latigazos y luego había tratado de escapar. Todo lo que quedó de él fue un sanguinolento despojo apartado del camino.

Los animales habían matado también a los padres de Andrei, pero el niño no fue tocado. Esto era incomprensible para los gitanos. Las bestias habían atacado innumerables veces a sus caravanas, asesinando hombres, mujeres y niños sin distinción.

Excepto a ese pequeño que sollozaba sin parar.

Volvieron al campamento llevando a Andrei luego de sepultar los restos de su infortunada familia, levantando un montículo de piedras que señalaría el lugar. El campamento no quedaba muy lejos de allí, por eso habían oído los gritos esa noche, pero estaban tan asustados a causa de los lobos que no se atrevieron a acercarse hasta que hubo amanecido.

Una vez en el campamento, los más ancianos celebraron consejo mientras Andrei esperaba, llorando aún, pues las mujeres no se atrevían a acercársele. Se hablaba de una vieja leyenda acerca de la maldición que pesaba sobre la siniestra criatura que vivía en el castillo al otro lado del bosque. Maldición de la que sólo podría liberarse si bebía la sangre de un inocente. Un ser tan puro que ni siquiera sus sirvientes se atreverían a dañar.

Los hombres que habían hallado al niño decían que los lobos no lo habían lastimado, no tenía ni un solo rasguño y la sangre que lo cubría era la de su madre. Quienes escuchaban la historia, señalaban al pequeño con el brazo extendido y los dedos en forma de “V” y luego repetían el signo en dirección al castillo, para después llevarse la mano a la frente, repitiendo las palabras que, según sus mentes supersticiosas, los librarían del mal.

Finalmente, los ancianos decidieron llevarse al niño con ellos, y fue Zara, la mujer más vieja de la caravana, quien accedió a hacerse cargo de él. Muchos hombres y mujeres no estuvieron de acuerdo con esa decisión, y continuaron murmurando y haciendo signos a pesar de que no se atrevían a cuestionarlos abiertamente.

Zara se acercó al niño y lo tomó de la mano. El pequeño observó con sus grandes y asustados ojos azules el bondadoso rostro de la anciana y, aunque no entendió las

palabras que le decía, supo que podía confiar en ella y, lentamente, se levantó para seguirla.

La anciana y el niño caminaron de la mano a través de la multitud reunida, que se abrió para dejarles paso hacia la tienda más grande, ubicada en el centro del campamento, la cual pertenecía únicamente a Zara, quien debía este privilegio al hecho de ser la más anciana y a haber sobrevivido a todos sus familiares.

2

Zara crió al pequeño Andrei lo mejor que pudo, enseñándole las costumbres y dialectos gitanos, pero también le enseñó el lenguaje culto, usado por los nobles, y le habló de las costumbres de otros pueblos. Él la llamaba cariñosamente «abuela», haciendo que el corazón de la anciana se llenara de orgullo. El pequeño se adaptó a su nueva vida como la flexibilidad que sólo los niños pueden desarrollar y, con el pasar del tiempo, olvidó su pasado.

Pero no era feliz.

Andrei era un niño solitario y melancólico. Los niños gitanos no jugaban mucho con él; sus padres se lo prohibían, llenándolos de temores supersticiosos. Él lo aceptaba sin cuestionarlo, porque su naturaleza era dócil y callada. Lo atribuía a su origen: sabía que no había nacido gitano, pero lo habría dado todo por ser parte del grupo.

Cuando tuvo diez años, Zara le contó todo lo que conocía sobre su llegada con los gitanos y el muchacho se sintió destrozado. Siempre había sabido que no pertenecía a ese pueblo, pero ella no le decía cómo había llegado allí y él no lo recordaba. «Cuando seas mayor», repetía la anciana cada vez que él preguntaba. Y cuando finalmente llegó el momento, la revelación lo afectó profundamente.

Ahora se explicaba por qué los niños rehuían su presencia y hacían signos para protegerse del demonio cada vez que lo veían sin la compañía de Zara.

Una de las mujeres más ancianas, Darah, alentaba esta conducta. Ella había pedido que lo abandonaran en el bosque cuando lo hallaron, pues traería mala suerte a su pueblo. Sin embargo, Zara se había opuesto férreamente, logrando convencer a los otros miembros de que el niño era inofensivo. Por esto, el pequeño Andrei se había ganado para siempre el odio de Darah, quien en secreto hacía miles de cosas para mortificarlo, como extraviar su cubo de agua para que tuviera que ir dos veces al arroyo y luego correr para alcanzar a la caravana, o empujarlo fingiendo un tropiezo, para hacerlo volcar su cuenco de leche y dejarlo sin desayunar. Pero Andrei era de naturaleza tranquila y sabía que si se quejaba le causaría un disgusto a su abuela. Y callaba.

Al enterarse de lo ocurrido con sus padres, Andrei deseó ver su tumba y Zara le confesó que la había visitado todos los años en el aniversario del día que lo hallaron, pues la caravana se detenía una semana cerca de ese lugar en su éxodo anual hacia el sur del país. También le prometió que irían juntos la vez siguiente.

Y desde entonces, todos los años, el primero de noviembre, ambos iban a aquel solitario lugar, señalado aún con el montículo de piedra que los gitanos erigieran. Andrei se arrodillaba allí y hacía el signo de la cruz, uno de los pocos recuerdos que guardaba de su madre cuando rezaban juntos. Zara lo esperaba respetuosamente a cierta distancia, hasta que él se levantaba y juntos emprendían el regreso al campamento.

Esta conducta, observada por Darah, le sirvió de pretexto para sembrar más recelo y desconfianza en los hombres y mujeres de su pueblo.

–Es brujería –mentía–. Lo vi haciendo el signo del diablo con la mano izquierda. Zara está bajo su embrujo, pues no hacía nada mientras él celebraba su ritual. Además, vaga por el bosque en busca de sus diabólicas criaturas.

Las sencillas gentes que la escuchaban murmuraban asustadas, y hablaban entre ellas, siempre señalando el castillo. Nunca se habían atrevido a atravesar el bosque, ni siquiera de día, y ese niño lo hacía sin ningún temor. Darah debía tener razón.

–Debe adorar a algún demonio –decía Darah–, quizá al mismo monstruo que habita en el castillo.

Y las mujeres seguían alejándose de él y prohibiendo a sus hijos jugar e incluso hablar con Andrei.

3

Así pasaron los años y Andrei creció.

Se había convertido en un hermoso muchacho. Sus cabellos eran negros como la noche y hacían resaltar más sus bellos ojos azules y su tez, que a pesar de la vida al aire libre, se conservaba fresca y lozana. Su cuerpo era delgado y varonil, firmes músculos se adivinaban bajo la delgada tela de la camisa blanca que usaba, y los pantalones negros y sandalias hacían que sus piernas parecieran aún más largas y esbeltas. Vestía sencillamente, como todos en la caravana, pues vivía según las costumbres gitanas en todo excepto en una cosa.

A pesar de tener casi diecisiete años, conservaba su inocencia. Contrario a las costumbres que le exigían conocer mujer a los dieciséis, Andrei todavía se mantenía virgen y había dicho a Zara que todavía no estaba preparado.

Ella lo había aceptado sin problemas, pero los ancianos eran otra cosa, y cuando el chico cumplió los diecisiete, Zara tuvo que dar las explicaciones del caso.

–El muchacho no es del todo un gitano y no puede regirse por todas nuestras costumbres –dijo Zara.

–Él vive con nosotros desde los cuatro años y debe respetar las costumbres –dijo Darah, obteniendo un murmullo de aprobación.

–Pero no debemos forzarlo a hacer algo que no desea. Él ha observado y respetado todas nuestras otras costumbres obedientemente –alegó Zara.

–No se puede elegir cuáles costumbres son de nuestro agrado y cuáles no. Si se adoptan nuestras costumbres, deberán ser todas –continuó implacable Darah.

Zara finalmente logró un plazo máximo de un año, contado a partir de esa fecha, para que Andrei se decidiera a tomar una esposa; de lo contrario, sería expulsado.

Esa noche, mientras le explicaba a Andrei lo ocurrido, la anciana sintió un dolor en el pecho y tuvo que ser asistida por el muchacho para llegar a su lecho. Alarmado, Andrei preparó luego un té con las hierbas que Zara le indicó y se lo dio a beber, vigilándola hasta que se quedó dormida.

El muchacho veló su sueño toda la noche. Temía tanto que algo le pasara a su abuela que estaba atento al menor suspiro o cambio de respiración para examinarla cuidadosamente. Cuando ella se levantó, Andrei salió para cumplir sus deberes: llenar su cubo de agua, recoger leña, ordeñar las cabras y preparar el desayuno. Cuando volvió a la tienda, encontró a su abuela echando las cartas.

–¿Qué pasa, abuela? –preguntó, intrigado.

–Mira –dijo ella.

En la pequeña mesa quedaban tres cartas, dos de ellas simbolizaban la muerte y una el amor.

–¿Qué significa? –dijo él, temiendo un mal presagio.

–Pronto te dejaré, mi niño. Mi día está cerca –dijo ella–. Debes prometerme algo: cuando yo me haya ido, dejarás la caravana e irás al sur.

–¡No, abuela! ¡No puedes dejarme! –El muchacho se arrodilló y hundió la cabeza en el regazo de Zara.

–Escúchame –dijo ella con dulzura, levantándole el hermoso rostro lleno de lágrimas–. Esto forma parte de la vida. Los ancianos se van y los jóvenes quedan. Pero este no será más un lugar para ti, los presagios de las cartas son negros, en este lugar encontrarás la muerte. En el baúl guardo un traje que no es de gitano, cuando llegue el día, te lo pondrás y abandonarás la caravana. También llevarás mis joyas, pues necesitarás dinero. Las cosas que te enseñé te servirán entonces. Promételo, mi niño.

Le pena embargaba a Andrei. Su rostro estaba lleno de lágrimas, pero la anciana se mostró firme.

–Promételo –pidió nuevamente.

–Lo prometo... –sollozó Andrei–. Lo prometo.